

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

**Agustín Ramos Irizar**  
Universidad del País Vasco

El año 2000 comenzó en el País Vasco con la organización ETA de nuevo actuando, dando por finalizada la tregua más larga de su historia. Esa infundada esperanza que muchos teníamos por ver el fin de la violencia política en este pequeño país quedó una vez más en nada. Lo siniestro, las imágenes de la tensión, reaparecieron en la vida cotidiana, en el trabajo, en las familias, entre los amigos. Se acabó la tregua, vuelve el enfrentamiento.

Quien no vive habitualmente en el País Vasco difícilmente puede imaginar lo que esto significa. La posibilidad de que alguien de tu entorno más próximo, tus familiares, amigos, compañeros de trabajo, de universidad etc. puedan tener problemas de diferente tipo, desde, lo peor, que alguien los mate cualquier día, hasta que entren en sus casas, los detengan, los torturen o los secuestren, según los casos, pasando porque les insulten por la calle o les tiren un cóctel molotov y les destrocen la casa o el coche, etc. También la gente del resto del Estado vive con esa agitación, aunque, claro está, en menor medida, al menos por el momento y en lo que a la violencia política concierne, ya que también existen otro tipo de violencias más o menos camufladas mediáticamente y que pasan, poco a poco, su factura.

Estamos, lo sabemos, en la era de las telecomunicaciones y el multimedia. Aquellos espacios de invisibilidad que anteriormente nos daban la impresión de no existentes, hoy en día parecen más claros. Cadenas de información internacional de televisión y radio en diferentes idiomas, decenas de programas de entretenimiento, documentales, cine, viajes, etc. jalonan el día a día de cualquier ciudadano del planeta medianamente dotado de receptores adecuados. Hoy, a través de la red Internet se establecen comunicaciones diarias con cualquier lugar del mundo sin ningún problema especial. Estamos llenos de aparatos de comunicación con todo el mundo y, sin embargo, no somos capaces de comunicarnos entre nosotros, nos faltan emisores y receptores adecuados para solucionar de modo democrático y equilibrado un asunto que, en principio, no parece tan complicado.

En este contexto, definir lo que entendemos por violencia es importante, sobre todo para empezar buscando algunos puntos en común. Y. Michaud (1988) señala que conceptualmente,

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

violencia implica un alejamiento, una infracción con relación a las normas o a las reglas que definen las situaciones consideradas como naturales, normales o legales. En la idea de violencia se contiene la de una perturbación más o menos momentánea o durable del orden de las cosas. Observamos que es muy difícil definir lo que se aleja de las reglas y de la regularidad, pero podemos llegar a unos acuerdos mínimos. Además, hay que añadir que la idea de violencia está cargada de valores positivos o negativos que se unen a la ruptura, a la trasgresión, a la violación o a la destrucción del orden.

Pero si el término violencia puede permitir ponemos de acuerdo, casi seguro que el de terrorismo no. Pierre Dabiez (1996) precisa que el terror es un estado, un miedo exacerbado, pero desde la Revolución Francesa es también un régimen político, un modo de gobernar que permite al poder en cuestión la destrucción, a base de medidas extremas, de todos aquellos que le resisten. El terrorismo, siendo inicialmente una acción, supera a menudo el estado de la iniciativa puntual, para defender una verdadera estrategia, postulando el empleo sistemático de la violencia, para impresionar a individuos y sacar provecho, o a poblaciones enteras sometidas a un clima de inseguridad. En los dos casos lo que busca es un impacto psicológico desproporcionado.

La ambigüedad parece que nos va a acompañar con este término. Pues si, en un principio, puede afirmarse que el terror, arma de los fuertes, venía del Estado, a la inversa el terrorismo, como arma de los débiles, podía volverse contra el Estado, de forma clandestina, lo que no clarifica, sino que complica las cosas. Para alcanzar sus fines está claro que ciertos gobiernos utilizan contra sus ciudadanos una violencia oculta mientras que en la escena internacional, aparece cada vez con más claridad, un terrorismo de Estado como modo de aproximación coercitiva. Pero como al terrorismo se le ve de manera peyorativa, resulta que sus protagonistas tienden a llamar así a sus enemigos, por lo que el asunto termina en que los terroristas son siempre y en cualquier caso los otros. Es decir, que la violencia terrorista es siempre la de los otros. Esto explica que desde el Estado se llame terroristas a los militantes de ETA y estos, a su vez, llamen terrorista al Estado. E. Leach (1977) precisa que existe un paralelismo entre los terroristas de una sociedad y los líderes o autoridades de la misma. En un sentido extremo ambos pueden considerarse como "intrusos" que compiten para imponer su voluntad al pueblo. Encerrados dentro de una oposición absoluta, cada parte describe los actos de fuerza física del otro como barbarie, pero considera heroicos los suyos.

El fenómeno, como nos hace saber P. Dabiez (*ibid.*) es multiforme y variable en el tiempo y en el espacio, por lo que ninguna definición permite circunscribirlo correctamente. La "relación terrorista" es de una complejidad tal que no se sabe ni por dónde empezar. Los actos, su número, y su grado de violencia (no es lo mismo un cóctel molotov que un coche-bomba o un secuestro sin más que otro con torturas o más allá con asesinato). Tampoco es lo mismo considerar quienes los realizan y las causas que fundamentan sus prácticas; el terrorista mismo puede ser un soldado o un criminal sin escrúpulos, pasando por todas las desviaciones culturales y psicológicas que podamos imaginar. Sectores importantes de una población pueden ser considerados como terroristas en caso de agresiones xenófobas, por ejemplo, con linchamientos, quemas de propiedades, ataques y muertes, etc. Puede entenderse también con Didier Bigo y Daniel Hermant (1991) que nos hallamos ante una teatralización mediática de la violencia a través de los medios de comunicación o el mimetismo de que hablara E. Leach (*ibid.*) anteriormente referenciado. Estamos, lo vamos comprobando, ante un dilema.

De este modo, el terrorismo puede llegar a producir terror y fascinación a la vez en los que se encuentran al terror únicamente como representación colectiva en los medios de comunicación, que es como suele aparecer habitualmente. Lo que se denomina terrorismo en la ideología de los medios de comunicación y en algunos discursos intelectuales, es una disparatada colección de realidades sociales que no tienen nada que ver entre sí, salvo que utilizan la violencia. El terrorismo se utiliza con mucha frecuencia para encubrir deficiencias democráticas y justificar autoritarismos políticos.

Por lo tanto, en el discurso antiterrorista se confunden más que aclaran las cosas y se ofrecen soluciones que nada tienen que ver con la realidad a problemas que son muy complicados. B. Aretxaga (1999 a) precisa que el problema no es tampoco el carácter ideológico de este discurso que ha venido a reemplazar la amenaza nuclear de la guerra fría por la amenaza del terrorismo. El problema es que el terrorismo se ha convertido en un fantasma social con capacidad de producción de temores y deseos, de organizar discursos y prácticas de carácter autoritario, cuando no de permitir que algunos señores se enriquezcan a cuenta de los fondos públicos aprovechando la presencia de grupos violentos a los que en vez de combatir, se favorece para seguir cobrando del erario público.

Begoña Aretxaga (*ibid.*) afirma que en el problema del terrorismo se tiende a buscar un enemigo estereotipado al que poder identificar, aislar y eliminar. Señala además que buena parte del discurso moral que desde las instituciones del gobierno y los medios de comunicación se esgrime cuando hablamos del terrorismo, o de la violencia étnica o nacionalista, se relaciona con lo que llamamos "lo político", algo que, en principio tiene que ver con argumentos de poder y no con lo moral.

Algunos asuntos aparentemente inexistentes gracias al ocultamiento mediático, han tenido y tienen que ver con una hipotética manga ancha en base a que "otros", "los terroristas", están camuflados entre la población civil. Como observamos habitualmente, no es que estén camuflados en la sociedad, sino que forman parte de la misma como cualquiera de nosotros. Y esto, por mucho que se intente encubrir es una realidad.

En el Estado español, el terrorismo se ha convertido en la explicación simplista de los males de la democracia y la carta de legitimación del Estado. Este se debe defender por encima de todo, cueste lo que cueste. Incluso hay que dejar temas de política económica o de corrupción, o de lo que sea porque el enemigo a combatir es muy fuerte y, según parece, cualquier otra cosa no debe ser mentada ni, por supuesto analizada.

Begoña Aretxaga (*ibid.*) va más allá al señalar que lo que se observa en esta relación es una intimidación imaginaria, una obsesión mutua, una fascinación que domina y define la identidad mutua de estos dos actores político-mitológicos. La formación de grupos parapoliciales tipo Batallón Vasco-Español, Antiterrorismo ETA, GAL etc. en los que han participado y participan representantes del aparato de Estado español encaja perfectamente en esta lógica. Incapaz de solucionar políticamente el asunto, el Estado se lanza a reproducir los mismos esquemas que los etarras para vencerles militarmente. Resultado: un estrepitoso fracaso, un desastre para la legitimidad del Estado y un triunfo relativo para ETA que sigue, durante muchos años, matando gente. Si a esto añadimos que la mayor parte de los responsables de este tipo de actos no son condenados o cuando lo son, su pena es leve e incluso son indultados, el asunto todavía parece más claro.

En este contexto, las tesis de ETA se han visto enormemente reforzadas en amplios sectores. La formación de grupos violentos antiterroristas por parte del Estado dio origen a la famosa frase, todavía hoy coreada por los militantes de la izquierda abertzale y mucha otra gente cuando la policía tortura o mata a alguien: "vosotros fascistas, sois los terroristas", que es una frase que también se utiliza en manifestaciones en ciudades del resto del Estado español. No deja de ser interesante que la referencia al fascismo retrotraiga en las conciencias a la época del dictador Franco, recordando, de este modo, la resistencia frente a la dictadura y, en el caso de la izquierda abertzale, la resistencia frente a los gobiernos actuales a los que se considera, gracias a esta transición monárquica tan completa, como herederos del franquismo y, por lo tanto, dictadores. El intento loable del P.P. o del P.S.O.E. por tratar de presentar ante la opinión pública a los "terroristas" vascos como los auténticos herederos del fascismo, ha sido otro fracaso que pocos se creen, ni en el País Vasco, ni en Canarias, ni, me imagino, por supuesto, en Almería, donde algunos habitantes de El Ejido, población en la que se produjeron en febrero del año 2000 violentos ataques xenófobos contra inmigrantes marroquíes nada tienen que envidiar a las hordas del dictador.

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

La violencia del Estado y sus connotaciones variadas ha sido, de hecho, una baza de legitimación de ETA desde su nacimiento. Así ha podido sostenerse durante tanto tiempo y crear tal cantidad de acólitos a su alrededor. Sin esta violencia hace mucho que hubiera perdido su sentido y poco a poco se hubiera extinguido. El Estado Español se convierte en el enemigo fantasma. Se produce el fenómeno de acumulación de posiciones y de fuerzas, pero al revés. Ahora son los nacionalistas radicales los que exigen cerrar filas contra el enemigo poderoso, la maquinaria del Estado que todo lo aplasta y que no representa a los vascos, sino a los Reyes Católicos o a Franco. Para mantener la dinámica del enfrentamiento necesitan este enemigo externo. De hecho, el Estado se constituye actualmente, no sólo en enemigo de los violentos, sino en general de todo el nacionalismo vasco, sea moderado o radical, convirtiendo el asunto, lo que a ETA le viene muy bien, en una cruzada antivasca que gracias a la cordura de la mayoría de los ciudadanos españoles se queda sólo en palabras y no crea los problemas que un llamamiento, el famoso: "a por ellos", formulado por una periodista irresponsable tras la muerte del concejal del Partido Popular, Miguel Ángel Blanco, en julio de 1997 estuvo a punto de provocar en las calles.

Vemos, por lo tanto, que en lo concerniente al nacionalismo y la violencia no existe una postura que no esté "contaminada", es decir, que no participe, consciente o inconscientemente, en los juegos de poder que el mismo discurso del terrorismo ha desmarcado de antemano.

A esta posición debemos añadir la de Maurice A. J. Tugwell (1985) quien trae a colación la idea de que el espíritu de nuestro tiempo está impregnado de una nueva moralidad. Quienes actúan conocen la importancia de los elementos mediáticos afirmadores y los altavoces de las acciones. Las telecomunicaciones a su servicio. Esto permite que se estén produciendo continuos fenómenos catárticos en mayor o menor escala amplificadas por medios de información muy variados. Todos los actores en el conflicto utilizan los medios a su antojo.

Para que quede claro este asunto les voy a poner un ejemplo de cómo actúa este sistema. Durante el mes de enero del año 2000 se produjeron varios fenómenos de cierta intensidad político-moral-emocional. El mundo del nacionalismo vasco, moderados y radicales, apoyados por algunas fuerzas del ámbito español, celebraron una enorme e impresionante manifestación en Bilbao que no tuvo prácticamente ninguna repercusión en los medios informativos nacionales e internacionales. Ninguna cadena internacional pareció interesarse por el acontecimiento. En esta manifestación, las fuerzas presentes, pedían a ETA que mantuviera la tregua y al Gobierno de Madrid que se responsabilizara e hiciera los movimientos pertinentes para conseguir llegar a acuerdos mínimos con las fuerzas del nacionalismo radical que permitieran frenar la actividad violenta que parecía inminente.

Unos días después, la violencia política volvió a surgir en Madrid y un teniente-coronel del ejército español murió a través del sistema del coche-bomba. Lo que pasó a continuación lo conocen todos. Se desató la furia mediática y de imágenes y la violencia volvió a tener su protagonismo, como si todos, de pronto, se hubieran puesto de acuerdo para volver a empezar. Los discursos del Gobierno y los líderes políticos, como siempre, airados e impotentes clamaron por el famoso aislamiento de los violentos de ETA y, atención al asunto, denunciando al nacionalismo moderado vasco por haberse puesto de acuerdo con "los terroristas" en un pacto de gobernabilidad por el que los nacionalistas radicales de Euskal Herritarrok apoyarían en el Parlamento las propuestas emanadas del Gobierno vasco, constituido por los partidos del nacionalismo moderado P.N.V. (Partido Nacionalista Vasco) y E.A. (Eusko Alkartasuna).

Lo que hace unos años parecía imposible, que las fuerzas nacionalistas del arco moderado y las del radical se juntaran, poco a poco se está convirtiendo en una realidad, incluso a pesar de los intentos de ETA por hegemonizar como sea este proceso. Explicar este asunto de separación de la violencia política y el acercamiento a posiciones comunes con argumentos estrictamente políticos, sería un error. Tenemos que considerar que el nacionalismo moderado realizó en su día una apuesta clara: tratar de frenar la violencia política llegando a acuerdos con las formaciones del

nacionalismo radical y poniendo en la mesa asuntos y contenciosos que llevaban tiempo sin discutirse para ver si era posible buscarles una solución.

Este asunto empezó relativamente bien, la organización armada ETA declaró una tregua (que duró 14 meses) y se alcanzaron mínimos acuerdos programáticos que devolvieron la sonrisa a miles de ciudadanos vascos. Es necesario constatar que una fuerza de ámbito español, Izquierda Unida, también se sumó al acto y colaboró, mientras se mantuvo la tregua, en los trabajos en curso. Eso sí, al finalizar la misma dejaron el pacto, ya que condicionaban su permanencia al mantenimiento de la tregua.

A todo este asunto se añadió el que el P.N.V. y E.A. llegaron a unos acuerdos con Euskal Herritarrok por los que esta última formación les apoyaría en el parlamento Vasco. Esto permitió que las dos fuerzas del nacionalismo moderado gobernarán sin excesivos problemas.

Como puede imaginar el lector, los partidos políticos españoles, salvo el loable caso mencionado, no han visto con buenos ojos esta especie de reagrupamiento de la familia nacionalista y se han puesto a vociferar indignados contra lo que entienden es un intento de separar a los vascos del resto de los españoles. Palabras como democracia, la Constitución, la unidad de la patria, la inviolabilidad de la nación española han sido y son utilizadas constantemente en los discursos de los líderes nacionalistas españoles y en los medios de comunicación, insistiendo en una especie de demonización del nacionalismo vasco, presentándolo como retrógrado, antieuropeo, violento etc.

Precisamente la organización ETA, en la misma línea de este discurso antinacionalista, y aprovechándose de él, asesinó el 22 de febrero del año 2000 al dirigente del P.S.O.E. vasco Fernando Buesa y a su escolta, un *ertzaina*, dando a entender que la unión de los nacionalistas vascos no tolera la presencia de elementos foráneos. Y esto, claro, es muy peligroso en la sociedad vasca. De hecho, podíamos decir que es sorprendente el acercamiento entre sectores del nacionalismo vasco, teniendo en cuenta el constante torpedeo que desde las instancias del gobierno central y desde la propia ETA, con sus atentados se produce.

No es menos relevante el asesinato del periodista y miembro del conocido Foro de Ermua, J. L. López de la Calle. ETA cierra con este acto filas en el sentido de no aceptar acuerdos con otras formaciones que no sean nacionalistas vascas y forzar al enfrentamiento, desplazando en sus propias filas a quienes, al calor de la tregua habían vuelto a intentar un cambio progresista en el seno de la izquierda abertzale. Ingenuos o no, estos últimos es evidente que se mantienen, a pesar de su perseverancia, fuera de juego. Aquí manda quien manda, es el mensaje del autoritarismo ethnotésta, los defensores de un único Dios y enemigos del politeísmo moderno y progresista. El militante-creyente-soldado que nos presenta J. Beriain (1999) no acepta el cambio a la diversidad y la frena por todos los medios a su alcance. Por supuesto sus acciones (*ekintzak*) no aceptan el cuestionamiento ético de la modernidad, ya que siguen ancladas en el viejo mito del *gudari* (soldado)-héroe, para quién no hay más Dios que el suyo, un hipotético pueblo vasco que, por supuesto, hace tiempo que anda en asuntos de otro tipo y que contempla por lo general atónito, indignado o desinteresado, según los casos, este arcaísmo boscoso.

Sin embargo, por el momento, y a pesar de los dolorosos hechos, la familia nacionalista vasca, según muchos, parece que está unida y celebrando en soledad sus esponsales. Incluso después del atentado de Madrid, el primero tras la tregua, el nacionalismo vasco mantuvo sus posiciones. Hay un detalle que no debemos olvidar porque ha marcado el pulso de la cuestión. El Gobierno vasco no envió ningún representante a la gran manifestación de Madrid contra el terrorismo tras el atentado del oficial del ejército. En esta manifestación estuvieron figuras tan conocidas aquí y acullá como los ex-presidentes de gobierno Adolfo Suárez, Calvo Sotelo y Felipe González junto al actual presidente José María Aznar, así como líderes de la oposición y representantes sindicales y sociales. El acto de clausura se cerró con la lectura de un manifiesto leído por el actor vasco Imanol Arias (todo un símbolo politeísta).

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

Pero los nacionalistas vascos no estuvieron allí. Desde el Gobierno y los medios de comunicación españoles se lanzó una furibunda campaña contra lo que se entendía era un acto simbólico inmoral. Se afirmaba que la convivencia de los nacionalistas moderados con los radicales era total y, por lo tanto, por vía transitiva, apoyaban también la violencia terrorista. Esta idea de asociar al nacionalismo moderado con el radical se pudo comprobar también en los funerales de Fernando Buesa al ser abucheado e insultado, eso sí, por una minoría, el presidente del Gobierno vasco, Ibarretxe. En la gran manifestación que se desarrolló en Gasteiz el 26 de febrero los nacionalistas moderados vascos acudieron al llamamiento del Gobierno vasco en un bloque, junto con Izquierda Unida. En otro bloque se presentaron el P.S.O.E. y el P.P. Y, en medio, algunos colectivos sociales como Gesto por la Paz organizaron su propio bloque. Es decir, una apariencia de ruptura mediática y electoralista bastante curiosa. Hay que decir también que el mismo día Euskal Herritarrok organizó una manifestación en Donostia contra el fascismo español. Todas las manifestaciones fueron nutridas, lo que quiere decir que los bloques están muy diferenciados y todos tienen mucha gente apoyándoles.

Toda este asunto tiene que ver con argumentos y lecturas del contencioso que no se sostienen con claridad, pero es que en el País Vasco se sostienen muy pocas cosas.

Para empezar diré que los nacionalistas vascos se han unido precisamente buscando el fin de la violencia. Cuando han logrado unos mínimos acuerdos y se veía que incluso desde el ámbito español se comenzaba a atisbar un comienzo de diálogo constructivo, es cuando el terrorismo ha vuelto a empezar. Algunos han hablado de falta de paciencia por parte de ETA, pero creo que hay más cosas que alguien, en algún momento tendrá que explicarnos a todos.

Aquí es cuando desde diferentes ámbitos se pide a los analistas capacidad de discernimiento y puesta sobre la mesa de argumentos válidos que permitan que las partes en tensión comiencen a ponerse de acuerdo, si es posible, por supuesto. Pero poco van a poder solucionar los planteamientos de los analistas si los dirigentes de la sociedad demuestran tanto entusiasmo por destruir al otro.

Begoña Aretxaga (*ibid.*) precisa que en lo que concierne al caso vasco, reconocer que toda posición es ya una posición implicada en la relación de fuerzas de un conflicto político, abre la puerta a la posibilidad de un diálogo y a la resolución de la violencia. Yo también lo veo así. El mantenimiento de una verdad "moral" a ultranza frente a un enemigo que es la fuente de todos los males implica situarse en una posición monológica, de estancamiento, cuya resolución depende únicamente de la derrota de una o varias de las partes. En nuestro caso, observamos que tal derrota es imposible o no llega nunca, por lo que debe pensarse que la estrategia del Gobierno es un desastre, ya que agudiza el conflicto, amenazando con la ruptura del tejido social. Es claro que los militantes de ETA no son unos locos que no tienen nada que ver con la sociedad, sino al contrario, gente que posee unas conexiones sociales específicas representando a un sector minoritario pero importante de la población. Recordemos el fracaso de la política de aislamiento social lanzada por el Ministerio del Interior español contra el nacionalismo radical de la izquierda abertzale tras la muerte del concejal del Partido Popular en Ermua, Miguel Ángel Blanco. Al día de hoy, el nacionalismo radical se ha reestructurado, cuenta con más apoyos electorales y sociales y además ha creado un ambiente favorable en amplios sectores de la población que difícilmente puede conseguirse si no es gracias a la desastrosa intervención del Gobierno español y los medios de comunicación que con sus tertulias e insultos exacerbados, con su fanatismo que no es propio de una sociedad democrática europea, han conseguido presentar a los militantes de ETA y al nacionalismo radical como los únicos representantes de las ideas de nación vasca y de sociedad civil vasca. A través del victimismo y de la lógica del sufrimiento, han conseguido más que en los anteriores treinta y cinco años. La incorporación, en este contexto, del nacionalismo moderado a la lógica del radical sólo puede entenderse considerando que el radical ha cambiado, pero la sensación que queda, en algunos sectores de la población española, gracias a los "analistas" españoles es justo la contraria. De este modo, lo que es un triunfo de la racionalidad democrática y del

diálogo, concretado en juntar la familia nacionalista vasca para defender los puntos de vista política y socialmente sin violencia, se está convirtiendo para el Gobierno español en una especie de levantamiento neonazi comparable al de la extrema derecha en Austria.

Por eso el atentado de ETA en Madrid fue un balón de oxígeno para el Gobierno de España y por eso se entiende que la violencia colabora activamente en la defensa de la legitimidad del Estado Español y de los intereses más retrógrados del mismo, sobre todo al matar a Fernando Buesa y a López de la Calle ya que es tratar de romper los posibles puentes tendidos desde diferentes orillas. Curiosa legitimidad ésta, basada fundamentalmente en que los terroristas maten gente para así poder justificar el mantenimiento del actual estado de cosas y retrasar lo inevitable que, tarde o temprano va a llegar, la puesta en cuestión de la propia existencia de España como Nación, al menos según lo que afirman ellos en sus tertulias radiofónicas. La actitud de ETA, aparentemente suicida es, sin embargo, clásica en la organización armada. Su objetivo es crear confusión en las fuerzas políticas, incluida la propia Euskal Herritarrok, obligando, de este modo, al nacionalismo moderado a tomar posiciones a favor o en contra del modelo radical de unidad de los nacionalistas. Es decir, convertir el asunto y el hipotético proceso de paz en un todo o nada. O lo que yo digo o nada. Ya sabemos a dónde nos lleva este discurso que, curiosamente, ha coincidido en todo momento con el del ministro del Interior del Gobierno español Mayor Oreja. Se obtienen apoyos electorales pero el asunto no se soluciona, sino que cada vez se encona más.

Observamos en esta línea que los llamados "terroristas" poseen un amplio entorno social, por lo que ni son marginados sociales, ni resulta que toda una parte de la población está compuesta por psicópatas. Esto les permite actuar como lo hacen, manteniendo posiciones de fuerza. Begoña Aretxaga (*ibid.*) señala que el distanciamiento propiciado por la imagen estereotipada del terrorista en los medios de comunicación puede funcionar en países como Estados Unidos y quizás en el resto del Estado Español, pero no en el País Vasco, por la simple razón de que los "terroristas" resultan ser los vecinos, conocidos o familiares, gente demasiado cercana, a la que conocemos y de la que no se puede prescindir porque forman parte de un íntimo entramado social. Recuerden los analistas de Madrid que son gente muy cercana. Además, para complicar el asunto, observen también que hay mucha gente que es víctima del terrorismo por partida doble o triple. El enconamiento de la situación hace que uno haya perdido familiares y amigos por las dos partes. Por lo que es necesario buscar soluciones adecuadas partiendo de análisis muy abiertos. El mismo Ministro del Interior español durante el periodo de la tregua y que se ha caracterizado por una incomprensible mano dura con los nacionalistas vascos de todo signo, resulta que es vasco. Y, sin embargo, es un nacionalista español. El que esto escribe también es vasco y, sin embargo, se siente profundamente internacional. Por eso se sorprende de que en plena época de interacción universal haya gente que se empeñe en seguir manteniendo una idea fija en la defensa de una nación frente a otras. Y, sin embargo, resulta que casi todos lo hacen. Cuando nacionalistas franceses, alemanes, españoles, etc. nos dicen que el problema vasco no tiene sentido, que ahora estamos en Europa, y que hay que juntarse todos en un mundo común resulta que no quieren ni por el más mínimo asomo dejar de ser lo que son. Por lo que la gente que defiende ideales internacionales de concordia y de acercamiento interétnico se encuentra curiosamente aislada. Resulta que el problema vasco o la cuestión en Cataluña no tienen sentido y, sin embargo, la existencia de España se pone como una condición *sine qua non* que jamás se podrá cambiar. ¿Esto no es nacionalismo? Y, por supuesto se defiende la independencia en Chechenia y no se pone en cuestión la existencia de Croacia, Bosnia Macedonia o Lituania, entre tantos nuevos Estados. Además la propia Unión Europea llega a acuerdos comerciales con estos últimos países y se plantea su incorporación a la Unión en un plazo de tiempo determinado.

Por eso en el País Vasco observamos que cuanto más se niegan y se tratan de ocultar las realidades sociales en que se articula la violencia, con más contundencia, fuerza y legitimidad aparece ésta. Joseba Zulaika (1999) plantea la cuestión de la intimidad social como una de las más importantes en que se inscribe la actuación de ETA. Otro aspecto en el que tanto él como Begoña Aretxaga (*ibid.*) inciden es el de la deconstrucción del discurso antiterrorista que aparece en sus

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

escritos como el otro lado de la intimidación social de la violencia. Este asunto de lo íntimo y otros parecidos pueden resultar ridículos para quien no reconoce su importancia. Sin embargo, según nuestros analistas es un asunto relevante para poder solucionar estas gacetas del enfrentamiento.

Parafraseando el punto de vista de M. Herzfeld (1997) la intimidación cultural hace referencia al conjunto de prácticas y formas de vida conocidas y compartidas que definen un sentido de pertenencia al grupo y constituyen asimismo aquello por lo que el grupo es estereotipado o condenado, desde posiciones de poder fuera del grupo. El sentido de intimidación cultural se constituye a partir de un autorreconocimiento mutuo y un no reconocimiento por parte de los de fuera. Esta intimidación es el sustrato imprescindible del estado-nación. Como explica B. Aretxaga (*ibid.*) el asociacionismo informal tiene mucha importancia en el País vasco. La calle, los bares, las sociedades, constituyen una densa red de comunidad articulada. Esto hace que resulte complicada la demonización de los militantes de ETA, no sólo por compartir un espacio social y una biografía colectiva, sino porque esta sociabilidad hace que la percepción de los considerados como violentos vaya más allá de simpatías o antipatías políticas. No se ve a los militantes como a delincuentes ni terroristas, ni nada parecido, por mucho que desde el Gobierno y ciertos medios de comunicación se empeñen algunos

Al plantearse la presión social y el aislamiento como medio para reducir a estos individuos se les ha dado la baza para afianzarse aún más en una comunidad donde las emociones, los sentimientos y los valores comunes sobrepasan y compensan cualquier aislamiento externo del tipo que sea. Además contribuye a reforzar la idea del enemigo común que, tras los últimos años de la transición democrática, había comenzado, aunque de modo muy lento, a perder sentido. Nada mejor que una buena dosis de victimismo y sufrimiento para que el nacionalismo radical haya recuperado la bandera de auténtico representante de la nación vasca, pasada, presente y futura. Y, además, si se mantiene esta "presión" tan divertida incluso estaremos hablando de la antesala del futuro Estado Vasco, en el que, por supuesto, el nacionalismo radical tendrá todos los honores. Repito, para que se me entienda bien, si se mantiene la presión...

Observamos, del mismo modo, que en los últimos años, este mundo se ha constituido como un mundo unido donde al margen de interpretaciones más o menos divergentes sobre la utilización o no de la violencia, se está de acuerdo en defender y valorar la necesidad de una nación vasca con todos los componentes de un Estado. Lo dijo el portavoz de Euskal Herritarrok tras el atentado a Buesa, señalando con claridad que comparten elementos ideológicos de ETA, pero no sus métodos.

Hoy, por lo tanto, gracias en gran parte al acercamiento entre las diferentes familias nacionalistas, pocos deportistas, por ejemplo, optarían por defender la bandera de España en competiciones internacionales si se les permitiera defender la bandera del País Vasco. Incluso, muchos de ellos, grandes jugadores de fútbol o de pelota, por poner dos ejemplos significativos, ya han anunciado su intención de competir oficialmente con Euskadi. De hecho, la publicidad electoral del PNV para las elecciones del 12 de marzo iba precisamente en este sentido.

Por lo tanto, de aquel añorado, por los defensores de la patria española, mundo en el que los nacionalistas vascos no se ponían de acuerdo, hemos llegado a este otro en el que se producen contactos fluidos y acuerdos importantes. Precisamente cuando el Estado y los anteriores gobiernos vascos han tratado por todos los medios de identificar e imponer la idea de que los militantes de ETA eran unos terroristas y han tratado de aplicar esta idea a todo su entorno como colaboracionista con el terrorismo, es cuando más desastres han provocado. Cuando en el franquismo se hablaba de separatistas o de terroristas, todo el mundo se reía, incluso las gentes del P.S.O.E., ¿o no?

Pero cuando el Gobierno vasco, en aquel momento constituido precisamente por el P.N.V. y el P.S.O.E., decidió traer a Euskadi una comisión internacional de expertos sobre la violencia, comenzó una larga época de discursos contraterroristas que, como estamos viendo no han con-



ducido a nada interesante. En el informe de estos expertos, C. Rose, F. Ferracuti, H. Horchem, P. Janke y J. Leaute (1986) se planteaba, nada más y nada menos que una impresionante campaña encaminada a aislar y eliminar el "terrorismo". Nadie sabemos si consiguieron con sus propuestas eliminarlo, pero lo que sí sabemos es que a ETA, desde luego, no la han eliminado todavía, ni visos existen de que vayan a conseguirlo, por lo que parece poco probable que el informe haya tenido éxito. Como muy bien afirma Zulaika (1991), los expertos, entre los que se encontraba Sir Clave Rose, ex-embajador inglés en la OTAN, ni siquiera hablaron con militantes de ETA. Mantuvieron, de hecho, algo que ningún científico haría, un sistema de tabuización de los etarras y sus comunidades. No se trataba sólo de evitar el contacto con los terroristas sino que incluso planteaban que ver a uno de ellos en televisión era muy peligroso porque esto facilitaba su acercamiento a la gente. Se trataba de eliminarlos directamente de toda posibilidad de contacto con la gente.

Lo primero que desconocían estos señores era precisamente, como ya lo hemos comentado anteriormente que en la comunidad vasca los contactos se producen en los bares, sociedades, montes, universidades, fábricas, casas, en la calle, en las fiestas de cumpleaños, etc. Es decir, en todas partes. En televisión no hay problema porque cada bomba que colocan o tiro que pegan aparece fielmente presentado como si hubieran pagado ellos mismos por la propaganda. Es decir que los expertos ni siquiera sabían dónde estaban comiendo y bebiendo, en un país en el que el llamado terrorismo tiene los niveles de audiencia más altos en televisión y radio, incluso muy por delante del fútbol, del Real Madrid o del Barcelona, que ya me dirán ustedes si tiene o no mérito. Es decir, la sociedad que, según ellos, debía aislar a estos terroristas es ella misma la que les da de comer ¡y de qué modo!, y los gobiernos que deben combatirlos son precisamente los que les apoyan con medidas, entre otras, como algunas de las que estos expertos recomiendan. ¡Qué ingenuidad!

Vemos que, lejos de ser argumentos científicos, más bien parecen una vuelta a posicionamientos religiosos monoteístas, que a ETA también le gustan mucho. Unos criterios de moralidad única e incuestionable que pasaban por controlar las escuelas vascas, la educación y que imponía a todos los intelectuales una especie de obligación de contribuir con sus escritos y posicionamientos, no al esclarecimiento de las causas, de lo que ocurre o de la verdad, sino única y exclusivamente a la eliminación de los que practican la violencia y quienes les apoyan, o sea, la eliminación de un segmento importante de la comunidad.

Quizás el momento de mayor inflexión y que pudo todavía justificar alguna de las tesis de este estilo en las estrategias de ETA se produjo en Ermua en julio de 1997. Allí, más de uno afirmó que la violencia del nacionalismo radical había terminado su andadura más o menos legitimada. Mucha gente del propio entorno radical cuestionó la acción como no lo había hecho nunca con ninguna otra si exceptuamos la muerte de "Yoyes" en Ordizia o el atentado de Hipercor. Era un buen momento. De hecho durante algún tiempo las tesis de J.F. Revel (1987) afirmando que existe una razón técnica para preferir practicar la violencia en las democracias: la facilidad, fueron muy comentadas. Estas sociedades son vulnerables al chantaje. Se defendieron las posiciones de mano dura, inflexibles, lo que provocó, posteriormente, el cierre del diario *Egin* y la detención de los integrantes de la Mesa Nacional de H.B. La verdad es que no pasó gran cosa salvo una especie de catarsis mediática un tanto banal como opción para combatir a ETA. El Gobierno no aprovechó debidamente la situación más que para mantenerse electoralmente, sin una visión de Estado.

El nacionalismo radical mientras tanto reconstruyó sus bases, aprovechó para despedir a un montón de trabajadores del periódico que le sobraban y sacó a la calle otro nuevo, el *Gara*, que ahí sigue. Es decir, que el Gobierno y el juez Garzón incluso les aseguraron la reestructuración de la empresa. Los miembros de la Mesa Nacional fueron sustituidos por otros y a nadie pareció importarle mucho aquello. Incluso podían haber permanecido durante más tiempo en la cárcel porque daba igual. Esto, de hecho, era alimento para ETA. La capacidad de regeneración, yo diría

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

más bien de aprovechamiento de la situación de victimismo y sufrimiento que antes mencionábamos, permitió un acercamiento entre el nacionalismo radical y el moderado y además hizo que, una vez anunciada la tregua por parte de ETA, el movimiento de Euskal Herritarrok, sustituyendo a Herri Batasuna, aumentara sus votos en las elecciones y mantuviera intactas e incluso en mejores condiciones que antes sus estructuras.

Llegados a cierto punto muerto, no podemos decir, sin embargo, que las cosas están igual que hace unos años. En realidad, muchas cosas han cambiado. Lo que no hizo el gobierno lo aprovechó el nacionalismo moderado para acercarse al radical, sabiendo que este último ya había cambiado algunas de sus posiciones menos flexibles. El acercamiento entre el nacionalismo vasco moderado y el radical es, en realidad, la confluencia de la Nación-Pueblo y la Nación-Estado. Así lo señala B. Aretxaga (1999 b) cuando dice que son dos ideas centrales en la construcción nacional vasca. Incluso aunque se produjeran separaciones posteriores, se ha llegado a una confluencia que parecía imposible. Esto hace que muchos nacionalistas vascos tengan la impresión de haber alcanzado su plenitud y madurez. Aquel proyecto iniciado por Sabino Arana a finales del s. XIX, ha tenido un desarrollo que, al final, después de tantas divisiones puede ser importante. Siempre se recordarán estos momentos como los felices de la andadura nacionalista. Frente a sus detractores, aquel aranismo de finales del pasado siglo también ha cambiado mucho desde entonces. Ahora las tesis nacionalistas se ciñen a posicionamientos democráticos vinculados directamente a la idea de construcción europea, lo que aleja de las conciencias aquellas ideas de un racismo decimonónico en el que no tenían cabida gentes provenientes de otros territorios. Esto, por supuesto, hay que verlo con matices porque algunas posiciones de ETA y de ciertos sectores del nacionalismo moderado siguen siendo, en este punto, intransigentes. Les cuesta aceptar que gentes venidas de otros lugares puedan tener su expresividad al margen de sus posiciones. En esto, como vemos, mantienen ciertas posiciones xenófobas de conmigo o contra mí que tampoco son muy diferentes de las del nacionalismo español. Por ello, el desarrollo de políticas educativas es importante para ir transformando las mentalidades que, de hecho, en los últimos años han evolucionado mucho.

Resulta interesante también que ahora el miedo o el terror, que sirven como base a la experiencia del nacionalismo radical, tiene otras concrecciones. Ya no es el miedo entre vascos, sino que, definitivamente se produce la tan deseada confrontación directa. Ya no se pelean entre hermanos o entre familiares sino que la lucha pasa a ser contra otras familias, representadas por el Gobierno de Madrid y por quienes apoyan tesis antivascas.

En este sentido, para que la violencia deje paso a formas de reconciliación es preciso que desaparezca el miedo a lo "otro". Es necesario que el nacionalismo radical y el moderado sean capaces de mantenerse en una situación de madurez en la que, superados sus viejos conflictos traten de llegar a acuerdos con la otra parte. Y lo que vale para unos también debe servir para los otros, ya que se reflejan en el espejo.

Como vías de análisis y de propuestas de solución quiero plantear dos aspectos centrales. El primero de ellos hace referencia al multiculturalismo de nuestras sociedades, aspecto que debiera ser obvio desde los parámetros de las democracias occidentales, pero que aún está muy lejos de alcanzarse en nuestro país. El segundo, lisa y llanamente, a la necesidad de ponerse de acuerdo grupos políticos, movimientos sociales, ciudadanos, etc. para evitar, en la medida de lo posible el desarrollo de la violencia política y social. Vamos a tratar de considerar la íntima relación existente entre estos dos apartados para la resolución de conflictos violentos.

Josetxo Beriain (*ibid.*) nos presenta a consideración la frase: "nosotros los vascos: entre nosotros y con otros", que no hace sino reflejar la posición, ya planteada por J. Habermas (1984) en la relación ética que Hegel denominó "lucha por el reconocimiento". Se trata del reestablecimiento del diálogo como una relación ética. En este movimiento, las relaciones lógicas de una comunicación distorsionada por la violencia, ejercen también ellas una violencia práctica. Sólo el

resultado de este movimiento cancela la violencia y reestablece la espontaneidad del conocerse a sí mismo en el otro que el diálogo comporta. Lo dialéctico, de este modo, no es la intersubjetividad sin coacciones misma, sino la historia de su represión y de su restablecimiento. Por eso, el proceso de racionalización es un proceso de reconciliación.

J. Beriain (*ibid.*) insiste en lo dramático que resulta expresar la identidad multicultural del País Vasco. Señala que se produce una tensión provocada por el choque irreconciliable entre irreductibles constelaciones de valor, entre culturas políticas adversarias. Separar la forma del nacionalismo español, junto a las variantes moderada y radical del nacionalismo vasco, frente a las de otros grupos existentes en España y en el País Vasco creo que es importante. Existe gente originaria de Polonia, Congo, Francia, Colombia, etc. junto a gente nacida en el mismo País Vasco, que no se sienten integrados en ninguno de los grupos de irreductibles. La identidad multicultural no se expresaría en el País Vasco como una división entre vascos y españoles, sino como una interacción entre gentes de mundos muy distintos con mentalidades diferentes y que tratan de convivir, día a día, unos con otros. J. Beriain (*ibid.*) afirma que el comienzo del final de todo conflicto violento no puede provenir sino de asumir recíprocamente el papel del otro. Esto implica una posición de autolimitación. Ser conscientes de que para convivir con otros es necesario reconocer que somos diferentes y a la vez seres humanos, con capacidad de discernimiento (se supone) y donde las reglas a seguir por la comunidad global de un territorio también influyen en el sentimiento de pertenencia al lugar que se habita. A ellas, por supuesto nos ajustamos todos. Por ejemplo, si alguien comete un asesinato, un robo o una agresión, legalmente deberá dar cuenta de estos actos y someterse a ciertas privaciones de libertad impuestas por la comunidad. Es decir, se aplicarán las reglas jurídicas al uso. Pero existen miles de formas de vivir la vida cotidiana, en la calle, en las casas, etc. donde lo que impera en las sociedades avanzadas es una importante libertad de movimientos que ningún credo religioso o político o limitaciones culturales totalitarias tienen que destruir. Creo que son los totalitarismos como imposiciones los que hacen que la vida resulte tan dura en el plano cultural y social. Esa idea que posee tanta gente de querer ser ciudadanos del mundo, es decir, superar nacionalismos e imposiciones de sangre, origen, etc. creo que debe ser tomada más en serio. Del mismo modo que hay gente que para afianzar su identidad necesita pertenecer a un espacio y tiempo determinados, precisa de unas raíces, una sensación de protección por el lugar en que ha nacido o vive, hay otras gentes que necesitan perspectivas más globales y que precisamente la sensación de pertenencia a un mundo abierto y amplio es lo que les hace sentirse mejor. Su identidad se definirá por una perspectiva global y no particularista del mundo. Hoy en día, los satélites de telecomunicaciones, la red Internet, los viajes generalizados, la conversión de la casa en un lugar conectado con el resto del mundo, permiten considerar miles de formas distintas de interacción con el entorno y con los demás en cualquier lugar del planeta. Por eso, los reductivismos a esencias particulares y cosas por el estilo, como la pureza de sangre o asuntos parecidos dicen muy poco a muchas personas. Lo interesante es que unos podamos convivir con otros sin que lo que se piense tenga que ser un impedimento para llevar adelante un proyecto de vida. Todas las formas relacionales pueden tener cabida. No es necesario que nos amemos todos o seamos todos amigos, basta con que no nos matemos entre nosotros y nos hagamos la vida un poco más fácil. Pero claro, esto como el lector sabe perfectamente no es sólo cuestión de nacionalismos. No podemos ahora echar la culpa de todo a los nacionalismos porque estaríamos actuando como aquellos a los que criticamos y nada más lejos de mi intención.

Por desgracia, no nos engañemos, estamos muy lejos de ese modo de comportamientos. El diálogo es sustituido por el enfrentamiento violento. La xenofobia, en múltiples variantes, sustituye al reconocimiento. El ver al otro como enemigo a someter por los medios que sea es bastante común. Es decir, que la idea de multiculturalidad es difícil de materializar. Esa constante apelación al acuerdo entre vascos y españoles encubre, en realidad, algo que nunca se quiere asumir. Y es que en nuestro territorio deben convivir muchas más gentes de las que hace un tiempo estaban por aquí. Y que la cuestión de vascos, españoles, catalanes o gallegos, entre otros, es sólo una parte del asunto y, por cierto, al paso que vamos, bastante limitada.

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

Patxi Lanceros (1999) se pregunta si es posible que coexistan en el seno de la misma estructura política dos o más grupos culturales autodiferenciados. Cuando se habla de este asunto hay quienes enseguida aprovechan para decir que los estallidos violentos más fuertes se producen precisamente allí donde hay mucha mezcla intercultural. Y se cita el ejemplo de Yugoslavia o la Unión Soviética o las luchas interétnicas en los grandes lagos africanos. También y por la misma regla de tres podemos citar el caso checo y eslovaco o Suiza, Canadá, Estados Unidos, Francia, etc. donde las sociedades conviven bajo formas más equilibradas que, por supuesto, también desarrollan violencias sociales pero, ¿dónde no hay violencia? ¿No es cierto que en muchas ocasiones la violencia se produce por la pobreza o la ignorancia, o las dos cosas juntas, existente en determinados ambientes, lo que conduce a la marginalidad y a la degradación? Otras veces, por el contrario, como es el caso vasco, la violencia no viene de la pobreza, sino de unas relaciones críticas entre diferentes formas de nacionalismo. Es decir, que el tema es complicado y no queda muy claro lo que está bien o lo que está mal. Pero lo que sí es cierto, al menos por el momento, es como afirma P. Lanceros (*ibid.*) que, en el caso que nos ocupa, el País Vasco es una nación poliétnica en un estado plurinacional. Esta situación es muy compleja si se atiende al discurso político de los extremos, que sigue siendo extremadamente belicoso y que encubre convicciones esencialistas.

Pero el funcionamiento de la sociedad civil mayoritariamente soporta su existencia cotidiana al margen de alineamientos políticos, viviendo como puede, trabajando, intentando disfrutar de la vida, etc. El objetivo es buscar canales de socialización estando muchas veces en compromiso con alineamientos que no se desean o entienden. Esa vieja y tremenda frase de "estás con nosotros o contra nosotros" que las diferentes bandas totalitarias extienden por toda la sociedad pone la piel de gallina. Muchas veces se está con unos en unas cosas y con los contrarios en otras. A veces no se está de acuerdo con muchas cosas de los dos. Y otras veces, las más, uno desea salir huyendo del país y refugiarse en algún mundo donde la presencia del otro sea vista como normal, donde un homosexual pueda estar con su pareja o amigos en plena calle manifestando sus sentimientos, donde ir de la mano con gentes de otras razas y culturas sea normal, etc. La ciudadanía multicultural, precisa P. Lanceros (*ibid.*), no es un piadoso deseo ni una creciente amenaza. Es un hecho que se impone paulatinamente y que solicita esquemas de interpretación y marcos políticos renovados, una nueva cultura política. Al no ser posible que las identidades nacionales desaparezcan, el reto político de nuestro tiempo consiste en crear y organizar un marco en el que tales identidades encuentren acomodo y reconocimiento.

Creo que este es un buen camino y debe ser desarrollado. El nacionalismo vasco debe juntarse más, en compromisos, en gobiernos o en oposición, pero debe crear caminos comunes y canales de participación para todos los habitantes o visitantes del lugar. No es, como algunos nos quieren hacer creer, un nacionalismo neonazi ni totalitario. No lo creo. Sí es cierto que entre sus filas, al igual que en otras filas, hay gente muy cerrada en relación con el mundo abierto en que nos movemos. Ahí tenemos el ejemplo del atentado de ETA contra Fernando Buesa. Pero también lo es que gran parte de quienes participan de ese mundo son precisamente los que más apertura han ido creando, hasta el punto de que la sociedad vasca en su conjunto no es una sociedad atrasada sino de las más prósperas del Estado. Alguien puede decirme, sé que me lo dirán, que esto ha sido posible a pesar del nacionalismo vasco, pero creo que deben calmarse los ánimos y no seguir insistiendo en demagogias facilonas que a nada bueno conducen. No se puede negar que un sector importante del nacionalismo vasco posee un carácter moderno y avanzado y que han conseguido, junto a otros, situar al País Vasco, en una posición prometedora. Ahora lo importante es no malgastar fuerzas, que ETA comprenda que hay que construir y que la unidad de los nacionalistas vascos llegue a acuerdos globales y puntuales con el P.S.O.E., que ya ha mostrado su interés por llegar a acuerdos. Si interesa en elecciones, creo que también puede interesar después porque los votantes van a apoyar las iniciativas de diálogo. Quizás también sería bueno que el P.P. medite sobre su pasado, deje de lado oscurantismos y determinadas ideologías que a nada bueno conducen y se sume a los acuerdos. Después, la confrontación política seguirá sus cursos y los temas

sociales, culturales y políticos seguirán dando quebraderos de cabeza, pero al menos habremos roto la situación de enquistamiento existente en la actualidad.

En esta línea, son interesantes actitudes como las de la magistrada de la Audiencia Nacional, Margarita Robles, al acudir a la entrega del premio de la Fundación Sabino Arana en Bilbao. Lo hizo en pleno periodo de demonización del nacionalismo vasco. Sus palabras también fueron muy elocuentes en intervenciones variadas a través de algunos medios de comunicación.

La materialización de la concordia y de la reconciliación no va a llegar a través de discursos banderizos de enfrentamiento civil, sino a través de las palabras de gente de paz, de gente con la tranquilidad de espíritu suficiente para afrontar los problemas con la calma de la sabiduría y de la discreción. Necesitamos gente así, abierta, dialogante y creadora de marcos de entendimiento, en la que podamos confiar y no extraños seres con mentalidades guerreras, aptos para matar y hacer sufrir y no para dejar vivir. Hace falta que unos y otros seamos capaces de entendernos y para ello necesitamos primero que las fuerzas del nacionalismo vasco y del nacionalismo español se pongan de acuerdo. El resto de la población vasca, por el momento y mientras no nos sorprenda el aumento de los brotes racistas o de agresiones sociales, parece tranquila. Otras violencias surgen por doquier y sabemos que, al final, la violencia política es sólo una de ellas. Pero también es cierto que en el País Vasco es excesivamente importante. Debiera terminar y dejar paso a otros asuntos que requieren dedicación y soluciones. No podemos eternizarnos en un conflicto como este.

Para lograr esto creo que todos los apoyos van a ser necesarios y los vascos también tenemos que entender que necesitamos a los demás, al resto de Europa y del mundo y, cómo no, también a todos los pueblos de Hispania con los que compartimos muchas más cosas histórica y culturalmente de las que a veces pensamos. Y que muchas veces despreciamos precisamente porque nos centramos en el sentir de unos grupos totalitarios y fascistas, presentes entre la gente y también en las instituciones y en los medios de comunicación y que poseen mucha fuerza. Pero no son más que una parte del todo. Existen muchas más personas de paz y de concordia, igual que en el País Vasco y a ellas tenemos que dirigirnos para que tomen iniciativas y no dejen en manos de los violentos de uno u otro signo los asuntos políticos y sociales de todos.

### Bibliografía

- ARETXAGA, B. 1999 (a) "Epílogo" al libro *Enemigos, no hay enemigos*, de J. Zulaika, Donostia, Erein, 1999.
- 1999 (b) "Lo Real: violencia política como realidad virtual" en J. Beriain, y R. Fernández Ubieta (Coords.) *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político* Barcelona, proyecto A Ediciones, Anthropos.
- BERIAIN, J. 1999 "Del reino de Jaungoikoa al politeísmo moderno", en J. Beriain, y R. Fernández Ubieta (Coords.) *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político*. Barcelona, proyecto A Ediciones, Anthropos.
- BERIAIN, J; FERNÁNDEZ UBIETA, R. (Coords.), 1999 *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político* Barcelona, proyecto A Ediciones, Anthropos.
- DABEZIES, P. 1996 "Terrorisme", *Encyclopaedia Universalis* (vol. 22), Paris.
- HABERMAS, J. *Ciencia y Técnica como ideología*, 1984 Madrid, tecnos.
- HERMANT, D.; BIGO, D. (dir.), 1991 *Conflits et violence politique dans le monde au tournant des années quatre-vingt-dix* Paris, Institut de stratégie comparée.
- HERZFELD, M. 1997 *Cultural Intimacy. Social Poetics in the Nation-State*, New york, Routledge.

## INTIMIDADES DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN EL PAÍS VASCO

- LANCEROS, P. 1999 " Algunas consideraciones sobre la identidad colectiva, y la política" en J. Beriain, y R. Fernández Ubieta (Coords.) *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político* Barcelona, proyecto A Ediciones, Anthropos.
- LEACH, E. 1977 *Custom, Law and Terrorist Violence*, Edimburgo, University Press.
- MICHAUD, Y. 1988 *La violence*, Paris, Presses Universitaires de France.
- RAPOPORT, D.C. (ed.), 1985 *La moral del terrorismo* Barcelona, Ariel.
- REVEL, J.F. 1987 *Le terrorisme contre la démocratie* Paris, Hachette.
- ROSE, C.; FERRACUTI, F.; HORCHEM, H.; JANKE, P.; LEAUTE, J., 1986 *Informe de la Comisión Internacional sobre la Violencia en el País Vasco* Vitoria, Eusko Jaurlaritz.
- TUGWELL, Maurice A.J., 1985 " Transferencia de la culpabilidad" en D.C. Rapoport (ed.), *La moral del terrorismo* Barcelona, Ariel.
- ZULAIKA, J. 1999 *Enemigos, no hay enemigo*, Donostia, Erein.